

ct

Los ojos (cosidos)

de
Daniel Dimeco

(fragmento)

Personaje:

UN RICO EMPRESARIO EUROPEO / 35 años

La acción transcurre en el piso del empresario en una ciudad europea.

EMPRESARIO

Acabo de aterrizar después de un viaje de negocios a Asia. Aparco el coche donde siempre, delante del portal del edificio, frente al parque que veo desde la ventana del salón de mi dúplex, adonde mis hijos van a jugar en los columpios. Me bajo del coche y, cuando estoy metiendo la llave para abrir mi portal, suena el iPhone. Una voz ronca de mujer se mete en mi oído. La voz es la de una de esas tías de la quinta de mi padre y mi madre que se han pasado media vida bebiendo y fumando como carreteros y haciendo alardes de progresía con su vagina y me suelta: *Quiero que acceda a una conversación amistosa, porque, me dice, su testimonio es muy valioso*. Enseguida me doy cuenta de que es una periodista que, con sus secuaces, están montando algún espectáculo para su propio beneficio y pretenden que yo les ayude. *Soy la productora de la Cadena, me dice, y sabemos que usted es el dueño de unos talleres textiles en Bangladesh*. La escucho, pero la invasión de sus palabras me produce un terrible malhumor e, inmediatamente, le respondo que no sé de qué me habla.

Deja la maleta a un lado.

Uno de los tantos y buenos consejos que me dio mi padre antes de su muerte, el año pasado, fue que jamás debía hablar de los negocios familiares con desconocidos y mucho menos para la televisión o para cualquier otro medio. No sólo porque es de mal gusto, sino porque la gente en general no entiende nada, lo malinterpreta todo y raja por aburrimiento acerca de lo que no sabe.

Abre una botella de vino, echa en una copa y bebe.

La Cadena ha enviado un equipo de grabación a Bangladesh, me dice la voz áspera intentando apabullarme con las palabras, empeñada en conseguir su objetivo, en convertir las mentiras en verdades. Una reportera y los técnicos de nuestra empresa están intentando trabajar en los alrededores de los talleres que usted tiene en un edificio en... Estoy seguro de que mira el nombre del barrio en un papel... Mirpur, me dice, cerca del estadio de críquet... Y continúa: pero los matones a sueldo que campan por allí les están impidiendo la entrada al edificio y no les dejan grabar aduciendo que reciben órdenes desde Europa. ¿Dio usted esas órdenes?

Quitándose la corbata y bebiendo vino.

No, pero me parece bien, porque si estamos hablando de que es un edificio de propiedad privada no entiendo por qué van a meter las narices, le respondo. Me cuenta, como lo haría una chivata, que las autoridades locales les deniegan los permisos para grabar en los alrededores del edificio en cuestión, o sea en las construcciones donde viven los trabajadores que heredé de mi padre. No puedo más que alegrarme de saber que el gobierno encabezado por el primer ministro, Sheikh Hasina, cuida de nosotros, de los inversores extranjeros que alimentamos a su gente...

Pone música.

Esto es placer de los dioses... Escuchar la cítara de Ravi Shankar es una de las cosas que más me gustan hacer cuando llego a casa después de un viaje largo. Siempre que mi mujer y los niños no

estén, si no me es imposible.

Se desata los cordones.

Le respondo que no sé cómo se maneja eso de los permisos. Entonces me pregunta si mi empresa soborna al gobierno de Bangladesh y a los demás gobiernos de países deprimidos en donde he metido mi dinero... Sí, utilizó la palabra deprimidos. Vaya expresión más absurda, se trata de esos eufemismos que instalan las televisiones para que la tropa de mirones los repitan en las charlas de bar, mientras criticando a políticos y empresarios por no preocuparnos por los intereses de los desfavorecidos...

Bebe vino. Vuelve a rellenar la copa.

Mi risa la enfada y, en un tono claramente acusador, me espeta: *¿También va a negarme que usted es el dueño de talleres clandestinos donde trabajan menores de edad?* Me pierdo un poco, no sé de qué me habla y le digo que ella y su Cadena todopoderosa se equivocan de persona... La voz de aguardiente se asoma a las puertas del histerismo: *¡Usted es la persona que buscábamos! ¿Qué sabe de la niña raptada por el capataz de uno de sus talleres clandestinos? ¿Y de los hermanitos y la madre abrasados dentro de un edificio?*

Se quita los zapatos y los lanza contra la pared.

La muy hija de puta se siente una jueza estrella, o una periodista estrella, es igual, y suelta toda la mierda reprimida que tiene dentro a los oídos de una víctima ocasional... Vengo de Bangladesh y acabo de ver con mis ojos lo que hizo el fuego con mi edificio... Una pérdida importante de dinero, por cierto... Consigo sosegarme y le hago ver que me intereso por la niña. *Llevaba desde los seis años trabajando en uno de sus edificios con talleres, me responde, a nada del edificio que derrumbaron las llamas con la madre y los hermanos de la pequeña dentro.* Da por hecho que tengo que estar al tanto de todo lo que ocurre en ese país asiático. Tengo ganas de preguntarle si ella está enterada de todo lo asqueroso que sucede en su propio barrio y qué hace por mejorarlo, pero callo. Ella es como una metralleta vieja: *uno de los capataces suyos en esos talleres inhumanos, afirma con la seguridad de la que se ha aprendido un informe de memoria, descubrió que uno de esos niños explotados hasta dejarse los ojos cosiendo, era una niña disfrazada de varón. Después de aquello, la pequeña...* Lo presiento, se avecina el instante álgido del culebrón. Hace una pausa para enganchar a los televidentes y, después, la muy furcia concluye falsamente afectada: *... desapareció. Habrá sucedido lo que todas las personas de bien suponemos. Pero la historia no puede acabar ahí...*

Se quita los pantalones.

Le cuelgo el teléfono cansado de escucharla...

Se quita los calcetines.

A ver si ahora, por esta ampolla, voy a perder el próximo partido de tenis... Después de esa llamada, ya en mi casa pongo el telediario y veo a una reportera que han mandado a Bangladesh con vaqueros y camiseta *Made in China*. Está muy buena, tiene los ojos azules y la apariencia de no

haber roto nunca un plato. Con una media sonrisa congelada, lee las apreciaciones que algún inspirado de la Cadena le ha anotado en una bitácora: *Consideramos que nuestro deber es informarles y denunciar la explotación de seres humanos en los talleres de confección que había en el edificio en ruinas que pueden observar a mi espalda. En muchos de estos edificios pertenecientes a empresas textiles occidentales, prima el mezquino interés de la producción a bajo coste sin atender las medidas de seguridad que protegen a los trabajadores. Las ropas que compramos en los grandes almacenes por menos de 10 euros salen de estas ratoneras donde trabajan niños y mujeres, en su mayoría, que perciben una cifra mínima que no supera los 32 euros al mes. Allí se trabaja por un salario establecido según la ley de la oferta y la demanda. Falseando la realidad, agrega: Estos menores han sido empujados a esas actividades por empresas transnacionales que se aprovechan de las carencias materiales y educativas de sus familias, tanto en Bangladesh como en otros países deprimidos económicamente y gobernados por camarillas corruptas.*

Abre la ventana y entran las risas y gritos de los niños jugando en el parque.

Muchos de esos menores terminan hacinados en zulos y sufriendo abusos, como la niña que han raptado... Menú del día: morbo para telespectadores aborregados que suben los niveles de audiencia.

Se quita la camisa.

¿Qué sería de esos niños y sus madres si, supongamos, decido dejar de invertir en Bangladesh, en Uganda o en Centroamérica? ¿Acaso los directivos de las cadenas de televisión de este país están pensando en enviarles dinero a esas familias? O, quizás, algo mejor: ¿tienen un plan para invertir dinero en unos lugares que los occidentales atiborrados de moralina ni saben dónde coño ubicar con el dedo en un mapa? Todos hablan, pero a nadie le importa una mierda. Para nuestra suerte, los bobos compradores de camisetas por seis euros con setenta y cinco céntimos, siempre podrán decir que las flacas nóminas que ganan no les alcanzan para pensar en quiénes han cosido sus prendas de pobres...

Se viste con un albornoz y, con cuidado, cuelga el pantalón y la chaqueta.

A mi padre, en los últimos tiempos de vida, poco antes de que ese edificio de Mirpur fuera derrumbado por el fuego, le escuché decir que si a las autoridades de Bangladesh permitían la sindicalización de los trabajadores o exigían seguridades adicionales, levantaba campamento y lo instalaba en otros países... Al fin y al cabo, siempre hay gobiernos permisivos, dóciles y que les gusta recibir regalos.

Apaga la música.

La reportera con cara de habitual pagadora de favores en especias sigue chillando cifras: *Actualmente, en el mundo entero, más de doscientos millones de niños están sometidos al trabajo infantil... blablablá...*

Silencio.

Conozco bien los talleres de Mirpur y jamás he visto a los menores o las mujeres de las que hablan

por la tele. También es cierto que las gentes de esos países no son tan tiquismiquis como nuestros trabajadores de aquí. Ellos se empeñan en calificar a mis talleres de clandestinos... Les gusta esa palabra, creen que así son más morales y limpios y que han hecho la buena acción del día... Gilipollas... Esos talleres son como una fábrica llena de obreros a las afueras de Hamburgo o una habitación con teleoperadores en Londres. Tienen el mismo sonido que le arrancan a las máquinas registradoras las cajeras de los supermercados de aquí al lado, a doscientos metros de mi casa. ¡Lo felices que estamos todos desde que podemos comprar a cualquier hora todos los días de la semana! ¡Y la vidilla que le da a la ciudad!

Silencio.

En Bangladesh, siempre que puedo, me reservo un rato para charlar con mis obreros, algunos hasta hablan un inglés aceptable... Allí sí conocen cómo funcionan los talleres. Los padres de los chavales saben muy bien adonde mandan a sus hijos durante el día y las mujeres saben adónde van: a coger una aguja e hilo, como hacía mi abuela. Estoy seguro de que esas familias sin mi ayuda y la de otros empresarios europeos o estadounidenses y canadienses, no tendrían qué comer. A mí me cuesta mucho mantener la producción en un sitio tan apartado del mundo, pero hago el esfuerzo y allí sigo. Por dinero, eso es obvio. Pero también corro el riesgo de perder mucho, son países demasiado inestables. Ahora bien, los nativos ganan, yo gano y también ganan todos los que han visto el telediario y se han asegurado un buen plan de pensiones comprando activos de mi empresa o de cualquier otra con la intención de palmarla tranquilamente a orillas del Mediterráneo atendidos por una enfermera cobriza de bajo coste...

Silencio largo.

No entiendo cuál es el problema, no me imagino de qué otra manera puede funcionar el mundo. Una vez al mes, más o menos, llamo al capataz, al que prefiero llamar gerente, y él me informa de cómo marcha todo. Lo mismo hice nada más enterarme de que uno de nuestros edificios se había incendiado. Inmediatamente me interesé por mis trabajadores, en cierta forma son mi responsabilidad, igual que su salud es mi responsabilidad. Porque si ellos están sanos y trabajan con entusiasmo, mi empresa se beneficia, algo que también me transmitió mi padre... La carroña, (*señalando a la televisión*), va a lo suyo, la periodista intenta salvar su culo con un reportaje que apela a los sentimientos de los que la miran llevándose el tenedor a la boca. Los directivos hacen gala de que en sus pantallas ofrecen una programación variada y comprometida con el dolor de los pobres... Mientras que, en otros espacios de esa misma productora, se juega a la ruleta rusa con las intimidades de cualquier pobre imbécil... Ahora sí se van a enterar, panda de gilipollas, os voy a retirar la publicidad de mi grupo y que os jodan.

Rellena la copa de vino y bebe.

Dan mucha pena. Y mienten demasiado. Como si realmente supieran de qué hablan, montan un show con el rapto de una niña huérfana. ¿Les importa realmente la niña o les interesa más meterme el dedo en el ojo? La huerfanita está en un hospital de Mirpur, al otro lado del estadio de críquet, donde le están haciendo las revisiones médicas de rigor... ¡Cuántas cosas piden antes de una adopción!

Desde el parque suben voces de niños que ríen y que juegan.

Mi mujer tiene una rara fascinación por las familias multicolores... Qué se le va a hacer... Al fin y al cabo, son caprichos que nos podemos permitir.

Fin.